

## INTERVENCIÓN DE LA SUPERIORA GENERAL DE LAS HIJAS DE LA CARIDAD

SOR EVELYNE FRANC

*Querido P. Gregory, queridos Padres y Hermanos de la Congregación de la Misión:*

Es de una gran alegría para mí desearles la bienvenida a la Casa Madre de las Hijas de la Caridad, hoy, en esta solemnidad de los Apóstoles Pedro y Pablo, fecha seguramente especial para algunos de Vds.

Las Hijas de la Caridad de las seis comunidades internacionales que habitan esta gran casa, nos sentimos dichosas de acogerles para la celebración de su 41 Asamblea General, apenas comenzada y cuyo tema “Fidelidad Creativa para la Misión” promete debates pertinentes y anuncia decisiones importantes.

Permítanme detenerme unos instantes en el contexto y el lugar de este encuentro marcados por la Providencia. Ustedes celebran su Asamblea en medio del año jubilar en París, la ciudad donde san Vicente y santa Luisa trabajaron tanto. Todo aquí nos habla de ellos, todo nos recuerda su epopeya heroica, aquella de una caridad inmensamente creativa, de un espíritu misionero sin fronteras. De hecho, el contexto de su Asamblea es en sí mismo, un llamado a revivir la caridad y la misión, a reproducir la audacia, la creatividad y la santidad que vivieron Vicente y Luisa.

En cuanto al lugar que escogieron para realizar sus trabajos, la Casa Madre de las Hijas de la Caridad, es la casa de la Virgen, un santuario de gracia y misericordia para este mundo sediento de amor. Estoy convencida de que ustedes se han impresionado al ver tantos peregrinos que llegan todos los días y se presentan alrededor de Nuestra Señora de la Medalla Milagrosa. Ella les invita a venir al pie de altar, a escuchar la voz del Señor, a acoger las gracias que de las manos de la Madre se distribuyen discretamente, como los rayos de luz que salen de sus manos.

Pedimos a María su intercesión por la Congregación de la Misión, le pedimos que acompañe el desarrollo de su Asamblea, sus diálogos y decisiones, que Ella les anime en sus proyectos e iniciativas, que Ella les ayude a permanecer en la escucha de el Espíritu Santo y a responder a la urgencia de transmitir a los más pobres, mensajes de

amor, de esperanza, como la expresión viva de su fidelidad que se fortalece y renueva en profundidad y se hace creativa por la Misión.

Yo deseo igualmente evocar el año sacerdotal que acaba de finalizar con tanta solemnidad en Roma y que vivimos con tanta alegría, unidos al Santo Padre y a toda la Iglesia. Nuestra oración por ustedes es cercana y hemos dado gracias al Señor por el don inestimable del sacerdocio y pedido para ustedes bendiciones abundantes en el ejercicio de su ministerio.

A hora permítanme desarrollar dos puntos: una acción de gracias y una oración.

### **Grandes y maravillosas son tus obras Señor (Ap 15,3)**

Yo tomo esta frase del libro del Apocalipsis, una expresión para dirigirles mi reconocimiento, nuestra admiración y acción de gracias por todo lo que la Compañía ha recibido y continúa recibiendo del sucesor de san Vicente y de los padres de la Congregación de la Misión.

### **¡Sí, grandes y maravillosas son tus obras Señor!**

Hoy, como hace seis años, en el curso de su Asamblea General de Roma, se me ofreció la ocasión de agradecer el Señor que vela con amor sobre nuestra Compañía. Es conveniente citar aquí las recomendaciones que daba san Vicente el 7 de Febrero de 1660, unas semanas antes de la muerte de santa Luisa, al padre Jacques de la Fosse, motivándolo a ocuparse, diríamos hoy “acompañar”, a las Hijas de la Caridad: “Los designios de Dios para que naciera su pequeña compañía se sirvieron de la nuestra; y ya sabe Vd. que Dios utiliza los mismos medios para dar el ser a las cosas que para conservarlas”.

Toda su vida, santa Luisa manifestó su deseo de que la Compañía de las Hijas de la Caridad, siga bajo la autoridad de san Vicente. Ella deseaba con ardor que las Hijas de la Caridad reciban la ayuda espiritual de los Padres de la Congregación de la Misión.

De esta manera, desde los orígenes de la Compañía, nosotras hemos sido enriquecidas y sostenidas con la ayuda de los sucesores de san Vicente, los superiores generales de la Congregación de la Misión y de los hermanos en san Vicente. ¿Cómo no agradecerles?

Permítanme dirigirme primero al padre Gregorio, para agradecerle su acompañamiento próximo y cordial, sus visitas frecuentes a las hermanas, unidas a las visitas dadas a los cohermanos y en los lugares mas lejanos de la Compañía (las Islas Cook, por ejemplo)

para apoyar y motivar a vivir con alegría y fidelidad su vocación de Hijas de la Caridad.

También quiero subrayar la disponibilidad generosa del Director General, representante permanente del Superior General ante la Compañía, su consagración infatigable a la misión de favorecer la fidelidad al carisma.

De la misma manera, me hago la voz de las hermanas para agradecer a los directores provinciales, fieles colaboradores de las Visitadoras y de las Consejeras en sus provincias respectivas. Todas reconocen el dinamismo vicentino que ellos aportan a las provincias y su atención delicada en su camino espiritual.

Así mismo, con gran alegría agradezco a todos los padres y hermanos de la Congregación de la Misión que colaboran de múltiples maneras en la formación de las hermanas, ya sea a través las predicaciones de los retiros anuales, de las jornadas de reflexión mensuales o trimestrales, de sesiones y otras actividades que nos ayudan a vivir el don del carisma vicentino.

**¡Sí, grandes son tus obras Señor!**

Después de la acción de gracias, la oración con el salmista:

**Señor, fortalece la obra de tus manos (salmo 137,8)**

La experiencia de las gracias recibidas nos lleva a desear y a pedir al Señor con gran confianza que Él lleve a feliz término la obra que Él ha comenzado en la Compañía. El testimonio vivo, ardiente de amor, muchas veces discreto, ofrecido por tantas y tantas santas hermanas, que a lo largo de toda la historia, han dispersado el perfume de la caridad a través el servicio humilde y sencillo a los más pobres, realizado con alegría, dulzura, respeto, compasión y devoción. Todo esto nos llena de admiración.

La Compañía esta llamada a servir en estado de caridad, en estado de Misión. La Caridad y la Misión están unidas de manera inseparable. La caridad sin la misión no se puede concebir y la Misión sin caridad no tiene sentido. La Caridad llega a su plenitud en la Misión. La Misión se alimenta de la Caridad. A lo largo de todo este año jubilar, hemos estudiado juntos, ustedes y nosotras, y con la familia vicentina, esta ecuación y hemos podido profundizarla.

Para responder con fidelidad siempre nueva, hoy como ayer, a este llamado a vivir en estado de caridad y misión... Nosotras contamos con su apoyo. Nosotras sabemos que san Vicente, hablando a sus cohermanos y a las Hijas de la Caridad, gustaba de subrayar a los unos y las otras que el servicio concreto y la evangelización no se

pueden separar. Ellos nos quisieron abiertos a estas dos dimensiones de nuestra vocación y nos las presentaron como complementarias.

Nosotras contamos con su servicio de animación y de acompañamiento espiritual, con su colaboración en la formación, con su ímpetu y su dinamismo misionero para revitalizar nuestro carisma con el fin de responder a los desafíos del presente que preparan la Compañía del futuro. En efecto, el Señor habla a nuestros corazones de los sufrimientos y del abandono de tantas y tantas personas heridas por la vida, silenciosas y dejadas a su suerte en el gran torbellino de nuestra civilización ardiente, mediatizada hasta el extremo, que no se detiene por mucho tiempo en las grandes causas de la pobreza.

Nosotras queremos seguir trabajando en la pastoral vocacional, una pastoral que nosotras deseamos creativa y dinámica, insertada en la pastoral de la Iglesia diocesana. Una pastoral capaz de llevar a los jóvenes a Cristo y mostrarles la belleza de la vida cristiana, la belleza del servicio vicentino, la alegría de donar su vida por amor, como lo hicieron Luisa y Vicente.

Nosotras somos conscientes de que... “la misión de la vida consagrada y la vitalidad de los Institutos dependen ciertamente de la fidelidad activa con la cual los consagrados responden a su vocación, pero su futuro está ligado al hecho que otros hombres y mujeres acogan generosamente el llamado del Señor (VC, 64)”.

Estamos listas a trabajar en colaboración, más estrecha, más intensa, como hermanos y hermanas, herederos de un carisma confiado a san Vicente y santa Luisa para el bien de la Iglesia y de la humanidad, del cual somos responsables.

Como para el Señor, no puede existir una pobreza que nos sea extraña, a ustedes y a nosotras nos corresponde, como lo hizo el Señor, acoger con amor los pobres, los pequeños; a mirarlos con misericordia y a servir a los débiles y desesperados y a levantar a los que han caído.

Coherederos, nosotros seguimos a Jesucristo como san Vicente y santa Luisa lo siguieron; estamos llamados a ser unos “expertos” de la caridad y de la misión. ¿Podríamos crear una red de caridad que agruparía y multiplicaría nuestras fuerzas a favor de nuestros hermanos y hermanas más desheredados, dentro del marco de la Familia Vicentina claro está, pero de una manera especial entre nosotros?

Esto podría constituir un don para la Iglesia y el Mundo de hoy. Hace 350 años santa Luisa y san Vicente volvieron a la casa del Padre, dejando una semilla evangélica de amor por los más abandonados, una atención por los más pequeños y unas realidades evangélicas de una amplitud increíbles.

Nuestro mundo necesita nuevos apóstoles de la caridad y de la misión que hablen a los pobres y al mundo del Dios de Amor, que hagan visible su rostro de Padre Misericordioso, de Padre Liberador y defensor de los oprimidos.

¿Creen ustedes que nosotros podríamos imaginar nuevas formas de colaboración, nuevos modos de presentar el carisma vicentino en la Iglesia y en el mundo, siendo más audaces en el servicio a los más pobres?

¡Que bueno sería trabajar juntos, de manera más intensa, en la promoción y la dignidad de los pobres, el respeto de los derechos humanos, la defensa y el cuidado de la vida, la pastoral familiar, apoyados en la Doctrina Social de la Iglesia!

¿Les parece que podríamos imaginar hoy, como habrían hecho hoy san Vicente y santa Luisa para socorrer juntos y apagar tantos fuegos: los del sufrimiento y el dolor que desfiguran el paisaje humano del mundo y lo transforman en un planeta dónde la miseria es visible aquí y en todas partes, pues desafortunadamente la geografía de la pobreza no tiene fronteras?

Para finalizar, queridos Padres, yo quiero decirles que las Hijas de la Caridad esperan que Ustedes nos ayuden a dejarnos transformar por el Espíritu, como lo pedíamos en nuestra última Asamblea General que celebramos aquí mismo hace poco más de un año.

Estoy segura de que los muros que nos rodean son testigos silenciosos de la experiencia fuerte y alegre de la acción del Espíritu Santo vivida por todas las visitadoras y delegadas.

Estamos muy contentas de su presencia entre nosotras. Cuenten con la oración de la Compañía que pide al Espíritu Santo que venga en medio de ustedes, como un nuevo Pentecostés.

Buena estadía entre nosotras y buen trabajo.

Traductor: ALEXIS CERQUERA TRUJILLO, C.M.